

# El extraño testamento de Juan de Ronguilas

---

Era Juan de Ronguilas, el Viejo, el hombre bueno, de la Briviesca de la primera mitad del siglo XVI.

Tenía una viña y unas pocas fanegas de sembradura en el término que, siguiendo el camino que lleva a Medina, se parte en dos al poco de salir de la villa: Hacia la derecha nos lleva a Aguilar y a siniestra se dobla hacia Santa Casilda, término que aún conserva hoy su nombre de Ronguilas.

Corta era su hacienda, pero no había viña tan labrada, ni árboles de fruto llevar tan cuidados como los suyos.

Y con su hacienda compartían su cariño Juan el Mozo, su hijo, que aunque tenía apelativo juvenil, era bien entrado en años, y su burra, famosa más aún que su dueño, en toda la villa a la redonda.

Era Ronguilas el Viejo, el llamado a calificar el caldo que estrenaban las bodegas, cuando el vino, ya hecho, se servía abundante en aquella fiesta alegre de su primera cata.

¿Qué mulo se quebró la pata, que no fuera curado por él? ¿Y qué apeo de tierras se hizo que no tasase y deslindase el buen viejo?

Su memoria era un archivo viviente; conocía al dedillo las heredades que se sucedían de padres a hijos, los censos que las gravaban, su plazo y sus condiciones.

Era también el calendario zaragozano de su época: Adelantándose en varios siglos al «hombre del tiempo» vaticinaba el que haría a lo largo del año, superando su previsión todos los límites actuales.

Marcaban sus cambios las fiestas del santoral: San Antón, Las Candelas y San Blas, en el invierno; la Pascua, en primavera, y en el verano tenía a San Antonio y la Magdalena y el

período de Virgen a Virgen: de Nuestra Señora de Agosto a Nuestra Señora de Septiembre. En el otoño, tiempo de sembrar, sus hitos eran más próximos y cercanos: San Francisco y San Martín y cerraba su ciclo, la Purísima.

Su musa era la Luna; su gran reloj, el Sol; las estrellas, con su brillo, le orientaban. Conocía la cadencia de la estrofa sonora de la madre tierra; el cantar del arroyo, siempre distinto; el susurro de la brisa en las olmedas, que se hacía lamento a veces y se tornaba en rugido cuando el viento sonaba con fuerza. El vuelo de los pájaros, le anunciaba el cambio cercano.

No nos extrañe, pues, que la naturaleza no guardase secretos con él: había logrado leer en ese gran libro, que durante años, día a día, contemplara admirado, tratando de entender con humilde paciencia, sus renglones escritos con las huellas de todas las criaturas, y tampoco nos asombre que sus vecinos confiaran en la validez de sus predicciones, y creyesen en ellas a pies juntillas.

Sus decires, como los de Sancho, eran sazonados de refranes y el buen humor su inseparable compañero.

Siendo ya muy viejo y sintiendo que sus fuerzas se agotaban, se fue calladamente a casa del escribano y dictó su testamento. Luego se acostó y recibidos los sacramentos, murió sencillamente, sin espantos y también sin palabras para la posteridad. Murió como había vivido, en verdad y sencillez. Talis vita finis ita.

Sepultáronle en San Martín, junto a la pila del agua bendita, lugar de los pobres y abrieron su testamento.

Las mandas por su alma y las de sus deudos eran numerosas. Mandaba observar el año llevando el cuartel de pan acostumbrado y que hasta su aniversario se encendiesen todos los días seis hachas amarillas sobre su sepultura y que en el altar ardieran dos velas blancas durante la misa que a diario se rezara por él. A todos los que llevaron su cuerpo ordenó que se obsequiase con vino y pan.

No hubo doncella sin tomar estado por falta de dote, que no fuese agraciada por el buen viejo con sendos ducados, ni pobre que no recibiese la leña necesaria para calentar su hogar, ni viejo al que no llegara su capa de paño de Segovia, con que abrigarse en el invierno. Sus donaciones eran espléndidas.

Pero, ¿cómo cumplirlas, si Juan de Ronguilas había muerto pobre de solemnidad?

No había duda: el viejo chocheaba cuando hizo el testamento.

Y comenzaron los comentarios jocosos y durante muchos días no se habló de otro cosa en Briviesca. La gente reía de

buena gana y se regocijaba con las nuevas que corrían de tan disparatado asunto.

Y durante aquellos días también cesaron las vanas murmuraciones y los rencores estériles. Los ojos aviesos, perdieron su dureza y enderezaron su torcida mirada; una nueva luz brillaba en su negra noche. La risa asomó generosa a muchos labios apretados por la ira.

Los jóvenes y los viejos salieron de la fría sombra del olvido para sentarse en la cálida solana del recuerdo, al calor del corazón de Ronguilas.

¡Oh buen Juan, cristiano viejo, que legaste a tu pueblo la más rica herencia, el más opulento mayorazgo que pudieron imaginar, el mayorazgo del amor que lleva vinculados consigo los bienes inestimables de la comprensión y la concordia.

Tú, pusiste a tu magnánimo testamento el codicilo de la alegría, que unió, por una vez siquiera, a los que estaban divididos en los mil fragmentos de la incomprensión, del odio y de la envidia, agitados ferozmente por la discordia.

Si hubieran conocido tus vecinos el don que les ofrecías, cómo hubiera cambiado la faz de la villa, que se agotaba en interminables pleitos y querellas.

¡Lástima grande! También a ellos hubieras podido decirles, como el Maestro a la ciudad ingrata: «Si conocieras, al menos en este día, lo que habría de traerte la paz; pero tus ojos están cegados y no ven».

Y siguieron sus disputas y crecieron las rencillas, y la paz herida y maltrecha huyó de ellos, porque no supieron comprender el mensaje de fraterno amor que el buen viejo les recordara.

**Jesusa DE ANDRES**